

una naturaleza fenomenalmente intensa; pensamiento e imaginación le fascinaban por turno, cada uno excluyendo al otro. A veces se sentía todo pensamiento; otros, todo corazón; («Llama», can. III, v. 3); tenía, por lo tanto, la ardua tarea de transcender a ambos». (Robert Sencourt, San Juan de la Cruz, carmelita y poeta. Buenos Aires, 1947, cap. XXI).

Huye de simismo, de las alegrías de los sentidos, de la morosa delectación de la belleza sensible. El nos describe su huída de las cosas. Es la descripción de su huída de la cárcel de Toledo! En el conticinio «salí sin ser notado»:

estando ya mi casa sosegada.

Después la rememoración de un regusto melancólico de aquella noche, que le hace sentir el miedo de ser sorprendido:

En la noche dichosa
en secreto, que nadie me veía,
ni yo miraba cosa,
sin otra luz ni guía,
sino la que en el corazón ardía.

Para aquel frailecico, hay un encanto poético en la idea de oscuridad. En su interior, se repite con reiterada morosidad, con amorosidad; oscuridad, desnudez, nada, y se le vierte dentro, muy dentro del alma, un gozo sigiloso, inadvertido, que unge sus miembros para el vuelo veloz del ansia. Desde el principio, el camino de Fr. Juan es obsesión guiada por el ansia.

Mundo místico de San Juan de la Cruz

Se despoja de las sensaciones de los sentidos, los macera, huye de ellos para encontrar al Amado. Y antes de terminar la noche, la primera sensación desnuda. No ha posado en el sentido. Su alma ha sido herida. La primera sensación mística. El primer toque de la mano del Amado. La primera sensación, un dolor lancinante y, su primer efecto, un ¡ay! prolongado que rasga el negro silencio de la noche. Pero no se detiene. Sofoca su gemido. Sigue veloz con la angustia del ansia en su rostro y por fin:

...en par de los levantes de la aurora,
la música callada,
la soledad sonora.

Y el alma queda en mística internidad. En amorosa efusión mística. Se ha encontrado al encontrar a Dios. Y se ha hallado en plenitud de pureza, en plenitud de belleza, en plenitud de gozo. No llega ya la belleza en formas sensuales, turbadoras. Ya no se ciñe al alma en espiral su halago. El alma está pura. Es la realidad del Castillo interior de Santa Teresa, todo de un diamante o muy claro cristal. Dios está en el «más profundo centro del alma y la ilumina, y el alma está resplandeciente en la alegría de la luz».

En este estado no precisa el sentido; el conocimiento no se hace, como en nosotros, pobres peregrinos de la belleza, que vamos mendigando a las cosas un reflejo de la luz sustantiva. Fr. Juan ha subido tan alto, tan alto, que ve la belleza, no su reflejo. Conoce a Dios y en Dios todas las cosas:

«Conoce, dice el Santo, ser Dios con infinita eminencia todas las cosas y se las conoce mejor en El que en ellas mismas...»

...para esta vista del alma quítale Dios de delante algunos de los muchos velos y cortinas que ella tiene antepuestos para poderle ver como El es, y entonces translúcese y vese así algo entre oscuramente (porque no se quitan todos los velos) aquel rostro suyo lleno de gracias...». («Llama», can. IV, v. 2).

El alma está exultante de gloria. Siente una herida de amor suave y gozoso.

«El Verbo penetra sutilmente en la sustancia del alma, y toda, delicadamente, la absorbe, toda, en divinos modos

de deleites y suavidades nunca oídos». («Llama», can. II, versículo 3).

Este contacto directo y sustantivo de Dios y el alma, la hace estremecerse de divino placer y brolla placer, que derrama en el cuerpo y penetra hasta las mismas médulas. La causa de este placer que ha surgido, también nos la apunta el Santo, es un bálsamo, un óleo que brota del cuerpo y le unge dándole el gozo de todos los placeres juntos.

San Juan de la Cruz como vemos, justo y libo, lo mejor de su poesía, y en una plenitud embriagadora todos los deleites de una vida en Dios. Para llegar a ellos, padeció en su carne macerada y en espíritu en tinieblas. Lo consiguió todo por dejarlo todo. Ofrendó la delectación de la poesía por seguir más veloz tras el Amado. Después le tornan su poesía iridiscente de divinidad.

He aquí un poeta que nos da el alma de la poesía y la poesía del alma por ser místico.

Ahora, nos explicamos algo, muy poco, con mucha vaguedad, la razón de la poesía de San Juan de la Cruz; vemos que no es la técnica ni el arte lo primero. No tenemos que quedarnos perplejos ante la maravilla de la obra; es la causa de la obra lo maravilloso. La causa de la excelencia de su poesía ha sido una supersensibilidad estructurada por la mística.

Ultimo prodigio

Todos los genios lo son por la intuición. Siempre comienzan a caminar en la oscuridad. No ven nada o solo muy poco, con mucha vaguedad, pero perciben lejano, muy lejano, el latido de la cosa que esperan, que desean. La intuyen. Por eso caminan tras ella. En el genio de la Santidad esto se halla exacerbado. Toda su luz, que es la luz de la fe, es oscura. No ven nada con claridad, pero sienten la claridad más allá de las tinieblas.

San Juan de la Cruz ha intuido en la oscuridad de la noche la belleza virginal de la aurora. Por eso se ha puesto a caminar para lograrla. Durante la noche ha sufrido mucho, ha adquirido muchas sensaciones, muchas ideas que se han ido sedimentando en el reposo concentrado de la contemplación. Y al llegar al albor de la mañana, tuvo sensación de alas abiertas y «surgió en él un poema y se lanzó de golpe como el surtidor de una fuente». Un poema virginal, intacto. Poesía pura, pero a la vez es la clave lírica de los grandes tratados doctrinales.

¡Qué poeta más extrañamente turbador! Se complaza jugando con nuestros asombros, con nuestras perplejidades durante nuestro análisis.

He aquí un hecho contradictorio; poemas de pura efusión lírica y a la vez complicado y complejo, producto especulativo, en que cada estrofa, cada verso, cada palabra, tiene su correspondiente en un sistema doctrinal de estructuración perfecta.

¿Cómo podemos explicarnos esto?

Ante todo hay que advertir que es un caso único en la lírica, ya sea anterior la poesía a la estructuración ideológica, ya sea anterior la estructuración ideológica a la poesía.

Tenemos casos típicos en la historia de la literatura; Boileaux y que no nos dan en sus tratados en poesía más que tecnicismo. El mismo Horacio en su «Art Poetica» está muy por debajo de sí mismo. Sólo San Juan de la Cruz, en la historia de la literatura española y universal, tiene un prodigio lírico encerrando en sí un sistema orgánico y complejo.

Dos explicaciones hay para explicarlo. Hay quienes lo explican como la obsesión de una idea perfectamente estructurada, que excita el sentimiento y nos da una poesía sin mengua de su lógica. Es una explicación excesivamente vaga y confusa. Otros quieren explicarlo pero no nos dicen tampoco nada. Para ellos es milagro, un milagro poético.

Este es el caso. Es un misterio literario. Nadie lo ha resuelto. No intento resolverlo. Termino con la frase de Dámaso Alonso: «Por San Juan de la Cruz creo, creo en el prodigio».